

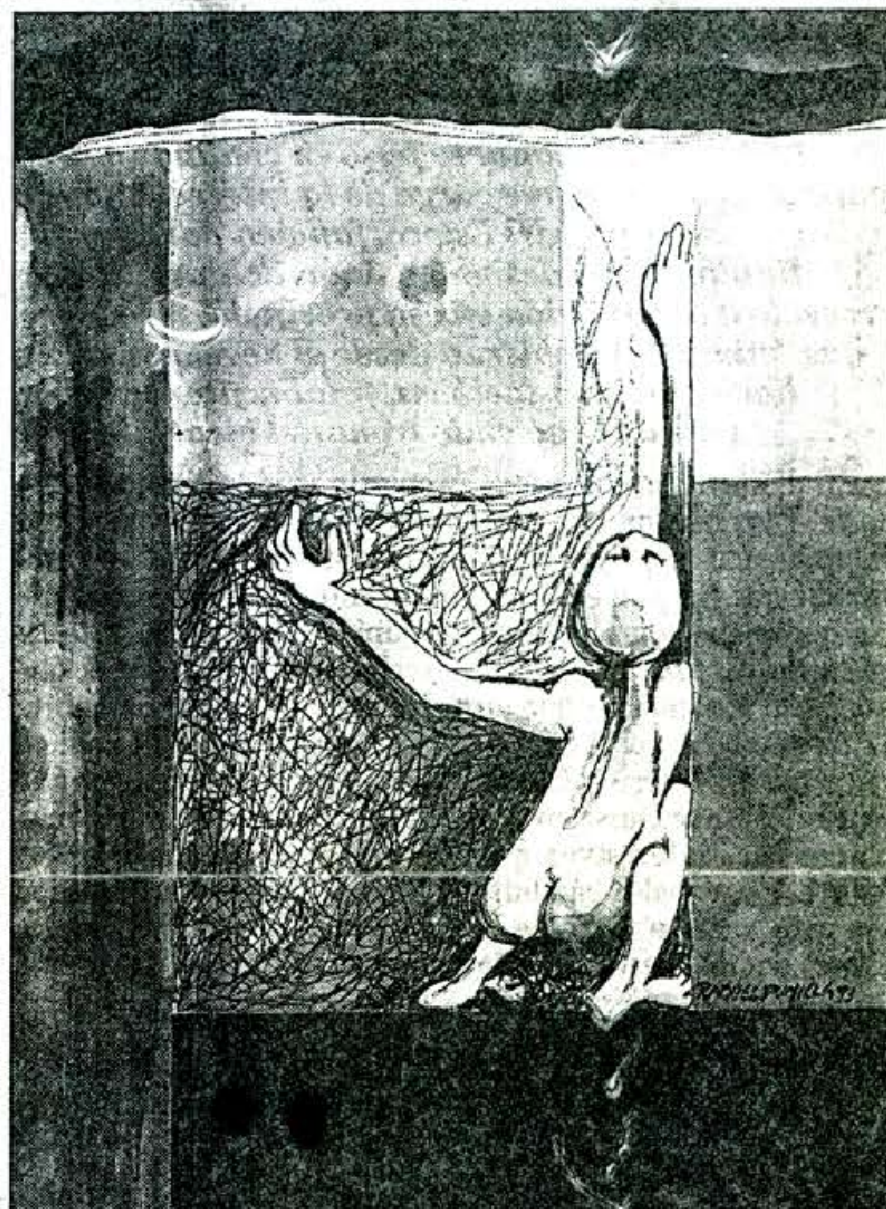
Feliz sueño nuevo

En el país de los acuerdos el verano hizo un pacto con el tiempo y es invierno. Diciembre desnuda sus miserias. Santiago es una hoguera. El rey sigue desnudo. La farolera se afilió y se desenamoró de un coronel. La peste se llama meningitis y viene por bloque. Dicen que ese bebé de pañales que a lo lejos se divisa no es el nuevo año que gatea sino el que anuncia la Corriente del Niño. Pero es diciembre y todo pasará a engrosar el arcón de lo pasado. Hay que aprovechar la noche para pensar el nuevo día y soñar.

¿Soñar? Sí. Pero que los sueños sean sueños. Esto es, imaginar los sitios donde seremos felices y comenzar a acarrear ladrillos.

Vale la pena el intento. Además como se sabe, soñar no cuesta nada. Nada, ... lo que se dice nada. Nada es la patria manchada, memoria de pájaros quebrados, cenizas al viento de hojas quemadas; nada se llama treinta mil.

Soñar, hacerlo fuerte y bien hasta la primera persona del plural. Soñar un sueño tan grande como será nuestra casa. Y que no quede nadie afuera: ni el abuelo de rostro crispado, ni el joven que borra el rastro del regreso, ni los niños que ayer tiraban piedras a la luna y hoy arrojan ladrillos a los trenes.



Todos, menos, claro, los asesinos de los sueños porque para ellos no será el reino de los cielos.

Barajar y dar de nuevo, ganarle la partida a Fukuyama; serruchar de una vez al as de bastos; aprender de La Pampa a apagar fuego con fuego. En fin, un sueño con todas las de la ley. O mejor; con la ley para todos.

Hacia el amanecer un suave sonido entrará por las ventanas. Vendrá de abajo y crecerá de a poco,

como las rondas de los jueves; irá cubriendo todos los espacios, como las broncas cotidianas e irrumpirá potente en la mañana como la esperanza.

Habrà llegado la hora de levantarse.

Allí está el sol. Eleve la mirada para saludar sus rayos, estire los brazos hacia arriba.

Un poco más, un sueño más, un poco más, un poco más... hasta tocar el cielo con las manos.

Juan Carlos Pumilla